

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

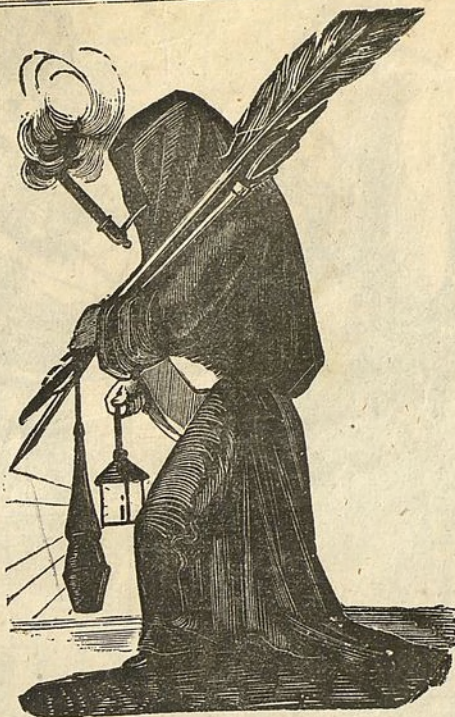
Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 46 rs. id
Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, don Dionisio Brase y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

«Señor Martinico. (Habla un redactor de *El Duende*) El público, que vatió palmas al solo anuncio de la publicacion de su periódico, creyendo encontrar en él novedad, chiste, sátira y alimento bastante para reir hasta echar por la boca la parte de la region hipogástrica llamada hipocondrio, al leer los tres números que tenemos publicados se ha llevado un chasco que dice *Soledad*; principia á refunfuñar como un contribuyente que ve mal invertida su cuota entre rayadores y peloteros, y nos amenaza con un pronunciamiento mayor que el de las montañas de Covadonga ó tantos otros acaecidos desde entonces.

Los escritos de *El Duende*, que debian ser alegres como una gaita zamorana, son mas graves que un ministro tonto, y se parecen á un diputado novel, que duda entre la oposicion ó el incensario. ¿Temeremos acaso, habérnoslas con tanto abuso, con tanto ridículo, con tanto pavo real como por esas calles de Dios pululan? ¿Diríamos, en mengua de nuestra independencia, con aquel crítico:

«Yo siempre, en este género de esgrima, me voy al lado del que se halla encima?

¿Dónde está la sátira de este periódico satírico? Me dirá usted que principiar la sátira y principiar el clamoreo general de los descalabrados, y las réplicas, y las alusiones, y las amenazas y los dictérios contra *El Duende* y sus redactores será una misma cosa y obra de un solo dia. Pero ¿quién dijo miedo? Los redactores de *El Duende* no lo tienen; y cada uno de ellos está resuelto á decir, parodiando á Quintana en su inmortal PELAYO:

En medio del zumbido de los zánganos,
absorto al *Duende* «el universo mira,
cuando el Estado se desquicia y cae
impertérrito y firme entre sus ruinas.»

Calló el redactor, se pavoneó en el sillón, encantado del discurso que acababa de pronunciar; miró con aire de triunfo á sus compañeros y aguardó tranquilo la contestacion de Martinico. No se hizo esperar.

—¿Quiere usted, señor redactor, amplia libertad en sus escritos? ¿Quiere usted sal y pimienta para sazónarlos? dijo. ¿Quiere usted escándalo, personalidades, insultos, á lo que muchos llaman sátira? Sea, pues, y yo me lavo las manos. Usted, decano de los redactores, cuyas canas le dan el derecho de primacia, prepare el tintero, sígame y, á fé que voy á darle materia para escribir largo y tendido. ¿Ya está usted listo? Marchemos.

II.

Estamos sobre la puerta de Santa Engracia, principiada por don Tiburcio del Caso, en el año de gracia 1830, hace la friolera de 32 años, y que probablemente se concluirá cuando en España

tengamos.... juicio. Es decir que no se concluirá nunca. Nos sentamos tranquilamente á la sombra de los arbustos sobre la puerta nacidos, para mayor adornó de la misma y para gloria de sus guardianes.

—Prepárese usted—dice al redactor Martinico. Es dia festivo: el salon está concurridísimo. ¡Cuánto lujo! ¡Qué de vistosos carruajes! ¡Qué loca alegría en los semblantes! ¡Cuánta aparente felicidad! ¿Vé usted en aquella magnífica carretela tirada por dos briosos caballos, un apuesto caballero recibiendo numerosos saludos, que devuelve con aire de marcado desden? Pues bien; ese hombre que, desde su elevada posicion insulta á los mismos que ante él se prosternan, edificó su fortuna sobre las ruinas de multitud de familias, que engañadas por una falsa honradez, depositaron en sus manos el fruto de sus economías. Ese hombre se llama....

—Alto, señor *Duende*: yo no escribo eso. Detesto las personalidades.

—Sea en buen hora; dirijamos á otro punto nuestras miradas ¿Vé usted á nuestra izquierda aquella elegantísima señora, cuyo traje deslumbra, cuyas maneras son el tipo de la buena sociedad, rodeada de una cohorte de aduladores sedientos de una sonrisa, de una mirada, en la que cifran los insensatos su felicidad? Esa mujer oculta, bajo su presente fausto, un pasado vergonzoso, toda una vida de escándalo y desórden. Ha sembrado el luto en mas de una familia: cien víctimas en coro maldicen su abominable nombre. Esa muger....

—Por Dios, no siga usted. Mi pluma no puede continuar trazando tan repugnante cuadro.

—¿Ve usted aquel otro, que asoma su rostro escuálido detrás de unos vigotes puntiagudos, simétricamente levantados á fuerza de arte y de cosmético? Es un empleado en cierta dependencia con ocho mil reales de sueldo, y al año gasta, entre fondas, teatros, juegos y otros vicios, mas de treinta mil. Ese hombre vende su providad ..

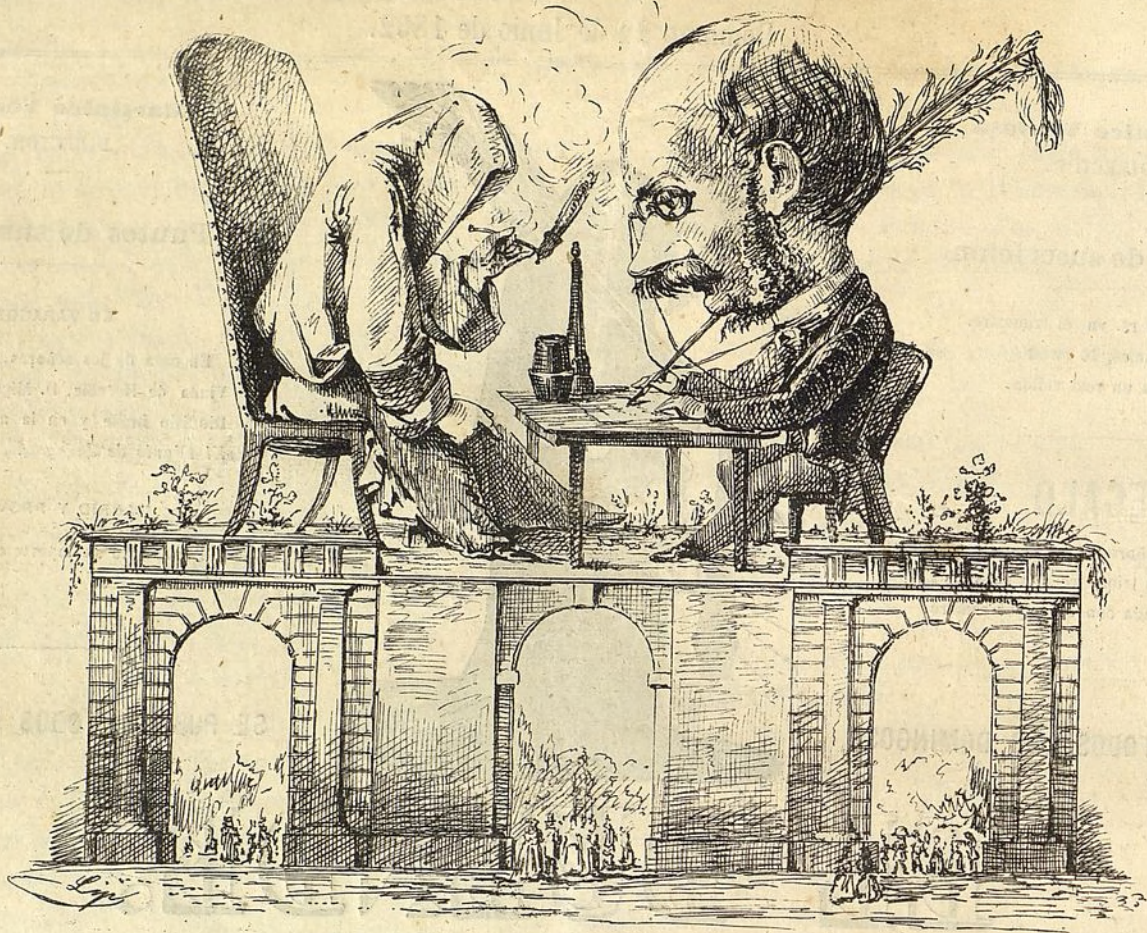
—Alto, señor Martinico; tampoco quiero continuar.

—Allá viene un matrimonio modelo, segun pública voz y fama: ella es el bello ideal de las esposas: él el prototipo de los maridos. Lo cual no impide que un jóven visite diariamente á ella, mientras él recibe lecciones de baile de una linda bailarina....

—Vida privada, vida privada... género prohibido... señor Martinico.

—Ahí veo á un prestamista, que á fuerza de prestar á un trescientos por ciento de interés...

—A otro, á otro.



—Mas allá un devoto, un santo varon que envenenó á su primera mujer, que apalea á la segunda y que está buscando una tercera, seguro de enviudar en breve. Ese monstruo...

—Dejemos al monstruo, que Dios le juzgará. A otro.

—Aquel patriota terrorista, poco hace neo-católico...

—Nada de política: nos está vedada.

—Aquel militar ha obtenido sus ascensos y las cruces que ostenta, en los hospitales y en comisiones del servicio; mientras sus compañeros postergados han encanecido al frente del enemigo; y en vez de cintas y cruces espuestas á la admiracion de los necios, ocultan bajo sus honrosos uniformes gloriosas heridas recibidas en los campos de batalla. Ese militar es...

—Nada de nombres propios. Eso es cuenta del Gobierno.

—Aquel jorovado...

—¿Tambien las deformidades? Harto trabajo tiene el pobre.

—Aquel predicador que pospone el Evangelio á la política...

—Nada de religion... No es incumbencia de nuestro periódico.

—Entonces, señor redactor, ¿de qué quiere usted ocuparse?—De los vicios, de los abusos, de las miserias de nuestra pobre sociedad—me dirá usted. Sea así. Pero esos vicios, esos abusos, esas miserias ¿no están en los individuos que forman esa sociedad? ¿Puede usted hablar del vicio sin herir al vicioso?—Me replicará usted, que nuestro amor propio nos hace ver los defectos de los demás, al paso que nos oculta los nuestros: me acordará usted aquella fabulita

«En una alforja al hombro
llevo los vicios;
delante los agenos,
detrás los mios.»

Y, sin embargo, usted mismo se espanta y retrocede ante la empresa de tan rudo ataque. Es muy fácil decir — venga sátira; pero en todo el mundo; no haya miramiento ni consideracion de ningun género. — Pero la dificultad se toca al levantar el látigo; por todas partes esclamarán — «Justicia y no por mi casa.» No conozco á esos personajes, cuyas biografías he inventado; pueden existir; quizás existan muchos parecidos y aun peores entre nosotros: quizás yo les conozca; quizás algun dia los presente tal cual son á mis redactores. Usted, el mas osado de todos ellos, los retratará de manera que el público reconozca á los originales? Seguramente no. Ahora, si al inventar personajes, como doña Plácida y don Juan Cachazudo, algun imprudente se diese por aludido, le diremos aquello tan sabido:

Quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Pero la tarde concluye. Volvamos á la redaccion y que el público ignore nuestra escena de la puerta de Santa Engracia. Hay cosas que no pertenecen al dominio público.

Epístola de un Renegado á un buen Creyente.

Queridísimo *Martinico*: Tuve el gusto de conocerte cuando Dios queria—imitacion de Cervantes:—y cómo fué nuestro conocimiento, es cosa de tan poca importancia que por superfluo lo callo. El hecho es que nos conocimos un *tanti cuanti* y que, por ende, quiero darte noticias de mi buena salud, gracias á Mahomed, deseando que la tuya sea como yo para mí la deseo.

Los vientos de mi pais natal me han traído la noticia de que te has echado á periodista; lo cual y echarse por una ventana vienen á ser dos cosas muy parecidas. Esto sentado, y por si puedo servirte de ejemplo—que siempre es bueno escarmentar en cabeza ajena—voy á narrarte mi historia, de la qué acaso sacarás útil leccion.

Se nos calumnia, sí, se nos calumnia á los que habitamos aquí el estrecho, suponiéndonos salvajes y nada instruidos... Que poco *destruidos* debian decir, al vernos libres de las morondangas, farsas y bambolla de vuestra culta y engañosa sociedad. Digo que se nos calumnia, porque si la *prensa*—y no la de vino; pues sabido es que los mahometanos solo probamos el agua—es el barómetro que marca el grado ó grados de civilizacion de un pueblo, aquí tenemos de muy antiguo periódicos y gacetas dignos de figurar entre los mas acreditados. Yo, pobre diablo, cuando éste me hizo renegar, quise dar golpe en este pais de los dátiles y de las monas, y me metí á literato: fundé en este ameno valle—no te figures que canto una zarzuela—un periódico semanal y caricaturesco como el tuyo, y díjeme «aquí que no tenemos ni alumbrado de gas, ni policia urbana, ni empedrado—en esto estamos iguales—ni escuelas especiales... ¿sabes que esta *especialidad* me hace gracia? en fin, que no tenemos nada de lo que el hombre en sociedad necesita, bien encontraré barro á mano—lo cual no es difícil aquí que tanto llueve—para lanzarme, crujendo la fusta, por estos campos de Alá, zurrando la pavana á unos y á otros.»—¡Ay, amigo mio, y cuántos contratiempos me esperaban! Al siguiente dia de la aparicion del primer número de mi periódico conté seis suscritores, gente benévola y apacible, y lo menos sesicientos lectores de mogollon, que, despues de leerme *gratis*, me ponian como hoja de peregil. Este me encontraba tonto; aquel frió, y el de mas allá de estilo bajo y ramplon. Hubo quien añadió que no tenia chiste un periódico cuyos redactores no se batiesen, lo menos, cuatro veces por semana y cuyo director no saliera con alguna cosa rota, si quiera fuese una costilla ó una pata. Bien hubiera yo querido complacerles; pero considerando que no tendria bastantes costillas ni bastantes patas, aun que me tornase en cámba ó en araña, para satisfacer á tanto reclamante, las reservé para mí; que, por el zancarron de Mahoma, muy buen servicio me pres-



Ferro-carril de M. à Z.

tan. Como podrás figurarte, no me faltaron consejeros y *amigos íntimos* que, con la mejor buena fé, por supuesto, me dirigiesen advertencias por el estilo:

—Oye, chico... (tambien decimos *chico* en Marruecos.) ¿No podrías insertar estos renglones en tu periódico? Ya verás qué efecto hacen. En ellos pongo al Mufti de la mezquita peor que á un perro sarnoso.

—Sí, que lo insertaré; contestaba yo: pero tú lo firmarás.

—Yo te diré; en cuanto á firmarlo, mi... mi... mi modestia no me lo permite. Además, es necesario que á nadie digas de quién es el escrito...

—Es decir, en resumidas cuentas, que quieres sacar con mi mano las castañas del fuego. Perdona, amigo mio; pero...

—¡Como! ¿No quieres complacerme? ¿Me niegas este pequeño favor? Corriente... Nada me importa... Así como así nadie lee tu papelucho.—Y se iba con el diablo y con él nuestra acrisolada amistad. Habia faltado á un amigo: y como soy tan bonachon, aunque renegado, corria en su busca, insertaba el artículo, venia sobre mí la denuncia, la multa y los disgustos; y el amigo, que ni siquiera habia venido á darme las gracias, decia entre los suyos al comentarse el *suelto*:

—Bien empleado le está: así aprenderán esos necios insolentes á respetar á los que les toleran y les enriquecen. Duro, duro en ellos.

Total, amigo *Martinico*; habia publicado un suelto ajeno, que no habia hecho gracia al Mufti, ni al público, ni á mi bolsillo. En cambio habia conseguido tener dos enemigos mas.

Moraleja. Haz un beneficio siempre que puedas: es dinero que colocas en la caja de ahorros y cuyo capital é intereses se encarga Dios de pagarte en el otro mundo; pero nunca escribas á gusto de un *amigo*; porque no te lo agradecerán ni Dios, ni los hombres, ni el diablo.

Paso por alto el número de prójimos sin vergüenza, portadores de artículos de bombo, en los qué, modestamente, se prodigaban á sí mismos las mas exajeradas alabanzas. Y, á propósito: esto me recuerda un cuento que no quiero dejar de contarte. Entró cierto dia un beduino á comer en un figon, y al revolver su *alcuzcuz* tropezó con una babucha de chiquillo, que habia caido en el plato. Llamó el huesped al figonero y le dijo:—Escucha, Admet; esta babucha he encontrado en mi racion; no te lo digo porque me repugne, sino porque ocupa lugar.

¡Cuantas veces, amigo *Martinico*, he representado el *D. Quijote* por imbéciles que me han pagado con su enemistad y hasta con su odio! Sabido es que, para las almas bajas (que por esgracia están siempre en mayoría) no hay carga tan pesada

como un beneficio recibido: y mas sabido es aun que de las cargas pesadas todo el mundo se desembaraza lo antes que puede. Finalmente, un dia tropecé con un *Derviche* que estaba tranquilamente almorzando un guisote de vívoras. —¿Como, le dije, podeis tragar tan horrible alimento? —Va... contestó; es cuestion de costumbre. A todo el mundo choca lo que cómo; pero si á ello me he acostumbrado, me importa poco ó nada la opinion de los demás. Sigo tragando y digan lo que quieran.

Sirvióme esto de provechosa enseñanza. ¿Por qué no habia yo de comer vívoras? ¿No tengo, gracias á Alá, un excelente estómago? Pues adelante, y no hagamos caso de los tontos, de los envidiosos y de los pedantes; el fin es bueno, lo demás poco importa.

Desde entonces, amigo mio, vivo como la gallinita con su pepita; pero vivo. Te aconsejo que hagas lo mismo y no eches en saco roto mi consejo. Y siendo ya demasiado larga esta epístola haré punto; mas no será sin antes asegurarte que en Marruecos tienes siempre un amigo que te saluda, que te desea prosperidad y que tu Dios te guarde.

La paz sea contigo.

Micifúz el marroquí.

FRATERNA DE MARTINICO

á D. Mariano Carrerras y Gonzalez,
sobre el proteccionismo, el libre-cambio y un señor
Orellana (de Barcelona.)

Sr. D. Mariano: permítame V. que, sin conocerle mas que para servirle, me *entrometa* en el ánimo de V. enderezándole esta fraterna: ya sabe V. que los Duendes somos muy *entrometidos*.

Ha visto V. el dia 12 de junio del año de gracia de 1862 el *Diario de Barcelona*? Bien es verdad que, aunque le haya V. visto, no es fácil que le haya conocido. Desde que es ministerial á la *cata-lana*, mi cofrade periodístico tiene difícil *cata-dura*.

Cate V., pues, que el tal *Diario* dió á luz en el susodicho dia — de hoy mas memorable en los fastos de las letras *cata-lanas* ó *cata-algodones*, que para el caso es lo mismo — un articulazo que le deja á V. tamaño.

Critica en él un Sr. Orellana, proteccionista si los hay, no sé qué discursillo libre-cambista de V., calificado imprudentemente por no sé qué periódico madrileño de profundo y eloquentísimo — de estas imprudencias están libres los discursos de

crítico, por aquello de que *en boca cerrada no entran moscas*—y le tritura y despedaza en términos que no hay por donde cogerle.

Por de pronto parece que eso de *profundo y elocuentísimo* se le ha indigestado al Sr. Orellana; lo cual me da á mí á entender que este señor es muy débil de estómago ó que al discursillo no pueden hincarle el diente los proteccionistas. Pero esto no pasa de ser una aprension mia.

Hay en el susodicho articulazo otra porcion de razones, que voy á esponer á V. para confusion suya y de todos los pica-ros libre-cambistas.

Figurese V. en primer lugar, mi señor D. Mariano, que el señor Orellana *descubre* desde luego en V. «todos los rasgos de la fisonomía libre-cambista, dulcificados por la candidez de la inocencia y picantes por la travesura y vivacidad propias de los pocos años.»

Eh ¿que le parece á V. el *descubrimiento*? Cuidado si tiene penetracion el Sr. Orellana! No estrañaré que V. no se la encuentre—como es V. tan cándido—pero yo de mí sé decir que creería faltar á un deber de conciencia proteccionista si no reclamase *privilegio de invencion* para el ilustre crítico. Un *privilegio* nunca viene mal á los proteccionistas.

¿Y donde me deja V. lo de los rasgos *picantes* de su fisonomía? —A ver, á ver, Sr. D. Mariano, míreme V. de perfil: ahora de frente: ahora... Calla! pues es verdad: no habia reparado yo en ello. —Sabe V. que tiene una fisonomía muy *picante*? Si parece un sinapismo libre-cambista! Ya no me estraña que les haya escocido tanto á los proteccionistas, y entre ellos á mi señor Orellana (don F. J.).

Esta segunda *jota* me ha dado en qué pensar: porque no sé si quiere decir *jorobado*, sinónimo de mortificado, ó *jabonado*, sinónimo de sobado, ó *jadeante* como un pobre sabueso con medio palmo de lengua fuera.

Todo puede ser, segun la actitud en qué veo al Sr. Orellana, ante el discursillo de V.

Pero dejemos á un lado la *jota* para que la bailen los proteccionistas, silvados por todo el mundo, sobre el tablado de nuestro sistema aduanero, y prosigamos esta misiva.

Con que tambien es V. *travieso*, Sr. D. Mariano? Así lo dice mi señor Orellana (don F. J.) y debe ser verdad, segun la mala pasada que ha jugado V. con su discursillo al proteccionismo.

Ahi es nada! Atreverse á demostrar que es justo y conveniente comprar y vender donde á cada quisque le dé la gana! Háse visto mayor heregía?

Venga V. acá, pobrete. ¿Quiere V. que «el interés sea el único regulador de la moral y de la justicia,» como dice muy bien el señor Orellana?

V. me contestará: ¿Y qué tienen de inmoral ni de injusto el comprar y el vender, que es de lo que aqui se trata?

Pero, hombre de Dios, no oye V. al mismo señor Orellana (don F. J.) esclamar que «la justicia debe ser igual para todos»?

¿Y todavia tiene V. valor para replicar que los libre-cambistas no piden otra cosa; que los libre-cambistas solo desean que *todos*, absolutamente *todos*, productores y consumidores, gocen *igual derecho* de comerciar con quien les plazca?

Tiene mucha razon el Sr. Orellana: «esto no necesita comentarios; esto no merece refurarse; seria ofensivo á la ilustracion de los hombres inteligentes » etc. etc. etc.

Está visto que no se puede discutir con V., Sr. D. Mariano, y que hace perfectamente el Sr. Orellana en dejarle á un lado para encararse con los maestros del libre-cambio, porque al fin y al cabo V. no es mas que el *Sancho* de esta *Dulcinea*, como le llama con gran propiedad el articulista.

Sí, señor; V. es el *Sancho* y mi señor Orellana el *D. Quijote*, que, lanza en ristre, cabalgando sobre su Rocinante y calado el yelmo de Mambrino, sabrá vencer en descomunal batalla á todos los *Vizcainos* y aun *Ingleses* libre-cambistas.

Verdad es que el sencillo escudero representa el sentido comun, mientras que el célebre *caballero* andante tiene hueco el cacumen.

Pero, ah! *inocente* D. Mariano, que V. no entiende de *acha-ga* y de *caballerías*.

Créame V., *destumbrado* joven, como le apellida tambien el Sr. Orellana—*destumbrado* por esta *lumbera* del proteccionismo—no se meta V. otra vez con el tal *sistema*, porque tropezará con el Sr. Orellana y entonces.....

Oh! ah! oh!

Dios se la depare buena.—Su atento servidor—*El Duende*.

Cuentos de El Duende.

La señora X. tiene un loro que posee el repertorio de injurias mas completo que jamás se haya oido. Cuando alguno se aproxima á la jaula, la señora hace una seña y el animalito rompe el fuego. Es preciso oirle para creerlo; y su dueña rie hasta no poder mas.

Cierto dia un notario, hombre formal, despues de haber tratado de negocios con el esposo de la señora X. se retiraba con todo cumplimiento, cuando le ocurrió á la misma divertirse un rato á espensas del notario. Siguiendo su costumbre llevó á éste cerca de la jaula de la deliciosa ave. Apenas le vió el loro, le lanzó las mas groseras frases, concluyendo por llamarle *cor...* lo demás se adivina.

El notario, viendo lo mucho que la señora gozaba, dijo con gravedad.

—Este gracioso animalito tiene raciocinio. Ha reconocido á usted, señora, y cree que yo tengo el honor de ser su marido.

No fué mala ocurrencia para un notario.

Dos ciudadanos se sacudian las liendres pocos dias hace en una de las calles de esta ciudad; algunos compasivos transeuntes intentaron separarlos; pero interponiéndose un municipal les dijo.

—Dejadles, señores, que se espliquen..... Son dos hermanos.

Un anciano, á quien se atribuia con verdad un genio diabólico, preguntaba á un jóven por qué se divertia con tanto afán.

—¿Por qué? Contestó el jóven Porque quiero hacer acopio de recuerdos agradables para los dias de mi vejez. Si V. hubiese hecho otro tanto no se aburriria ahora.

Preguntando á un marido, que venia de enterrar á su muger, cómo se encontraba, respondió sencillamente:

—Me siento mejor; este paseito me ha probado bien.

—¿Por qué bebes tanto vino?—Decia un cura á un borracho.

—Para ir derecho al paraiso.—Le contestó. Y como se admirase el cura de la respuesta, continuó el beodo:

—El buen vino cria buena sangre; la buena sangre produce el buen humor; el buen humor inspira buenos pensamientos; los buenos pensamientos dictan las buenas obras; las buenas obras llevan al hombre al cielo. Por consiguiente el buen vino nos conduce derechos al paraiso.

Se ignora si el cura quedó ó no convencido.

—¿Hay placer mayor que el de cazar perdices?—Decia un cazador á su consorte.—Sí que lo hay, contestó esta; el de comerlas.

La marquesa de B, al volver de los baños de Baden, contó varios episodios de la vida que habia llevado al otro lado del Rhin. Aunque no sabia el aleman, se habia divertido mucho en aquel pais. Despues de hablar de los bailes, de los paseos, de las fiestas, recordó unos fuegos artificiales, ridículos, segun ella, y que confesó no haber comprendido.

—No me admira, la dijo uno de sus tertulios: sin duda consistió en que los quemaron en aleman.

Un amigo de *El Duende* detesta el melon y le otribuye casi todos los horrores que han afligido á la humanidad. Pretende que Neron no fué cruel hasta el dia en qué su querida le hizo comer tanto melon que le produjo un cólico.

—Ravaillac, dice, se dió un atracón de melon antes de acometer á Enrique IV.

Alejandro Magno bebió tan bárbaramente en su última comida para destruir el mal efecto del melon, que se le sirvió antes de la sopa.

En fin, es probado que Luis XIV jamás permitió que se plantasen melones en los parques de Versailles ni en los del Trianon.

Es casi seguro, añade, que no fué manzana la que tentó á Eva, sino un melon.

Es una de las mayores injurias el que á uno se le trate de *melon*.

El pais en que mas melones se comen es en Nápoles, y ya veis lo arreglado que Nápoles se encuentra. Concluye el amigo deseando al *Duende*

Que Dios le libre del melon.